

le agradase; el misionero insistió diciéndole que si aquella fuera su única mujer, no se trataría de separarla de su lado; le hizo ver en seguida el horror de la poligamia, y lo exhortó, por último, á hacerse cristiano, empleando para persuadirle todos los recursos de la caridad evangélica, no dejando de usar siempre el lenguaje mas paternal. Chicori, por toda respuesta, conservó su serrallo, y concibiendo contra el padre Tamaral un odio implacable se propuso asesinarle y excitó á los californios á que acabasen con los misioneros. En este estado de cosas llegó el pérfido Boton é hizo alianza con Chicori para llevar á efecto el odioso complot. De este modo se crió el desorden y la rebelion en las misiones de los padres Carranco y Tamaral, por dos mulatos de mala vida que fueron sus autores.

El padre Segismundo, que no dudaba de la inteligencia de aquellos malvados, acudió cerca del padre Carranco para ayudarle á pacificar su mision. El éxito coronó sus esfuerzos, y el padre Tamaral se disponia á regresar cuando tuvo noticia de que Chicori y Boton le aguardaban en el camino en union de hombres armados. Sin perder un instante, el padre Segismundo despachó por otro camino un correo que avisase á los cristianos de san José, y les rogase tomar las armas y marchar hácia el enemigo. A la vista de esta tropa fiel y numerosa las gentes de Boton y Chicori se pusieron en fuga dejando sus provisiones en poder de los de san José. Los demás sediciosos tardaron poco

en someterse, y los dos jefes del complot. viéndose abandonados de todos, se presentaron pidiendo la paz.

Esto era lo único que deseaban los misioneros. Así fué que la paz quedó acordada á principios de 1734, pero fué de corta duracion. El gran inconveniente para los jesuítas, era que no podian disponer de fuerza militar; su escolta no se componia mas que de uno ó dos soldados, y aun estos tenian que ausentarse á veces para ir á reforzar alguna otra mision. La guarnicion de Loreto se encontraba á mas de cien leguas distante de ahí; por lo que faltos de freno los indígenas se entregaban á excesos y malos manejos suscitados por su orgullo, á lo que se añadian las intrigas de los que, siendo culpables, deberian ser castigados: todas estas causas acarrearón las desgracias de que vamos á hablar.

CAPITULO XXIII.

COMLOT DE LOS DOS MULATOS.

No bien terminados los regocijos por aquella efímera paz, los indígenas del Cabo de San Lucas hicieron notar la llegada de un gran navío, el "Galeon de Filipinas." Este buque, man-

dado por D. Jerónimo Montero, se hallaba en víspera de carecer completamente de agua cuando llegó al Cabo. Para colmo de desgracias la mayor parte de la tripulación estaba atacada de escorbuto; pero los marineros encontraron una providencia en el padre Tamaral, pues informado de su llegada hizo servirles provisiones frescas, pitayas y toda clase de frutas ácidas, propias, según se creía, para sanar á los enfermos; ofreció además al capitán todos los socorros que su precaria posición le permitía. Los indígenas, estimulados por el ejemplo del padre Segismundo, cuidaron de proveer de agua á la embarcación. No pudo menos de producir los mejores resultados esta caridad espontánea y general, pues se restableció al fin la moral de la tripulación y el escorbuto desapareció á poco con el uso de alimentos sanos y, sobre todo, de las sabrosas y benéficas frutas de la tierra. Así fué que cuando el "Galeón" estuvo en disposición de hacerse de nuevo á la vela, solo quedaban tres enfermos que no fué posible embarcar: estos eran D. José Francisco de Baytos, capitán de marina, Antonio de Herrera, contra-maestre del buque, y el padre Domingo de Horbegoso, presidente del hospital de santo Tomás de Villanueva. El país era muy pobre, el padre no contaba sino con escasos recursos, y su solicitud apostólica absorbía por completo su tiempo; no obstante, los tres enfermos confiados á sus cuidados recibieron de él cuantos socorros hubieran podido esperar de la más tierna madre. De día y de noche estaba

á su cabecera; y no contento con prodigarles sus cortos recursos, excitó la caridad de los demás misioneros en favor de los tres enfermos. Una abnegación y solicitud tan grandes, obtuvieron al fin su recompensa; los enfermos sanaron, pero ¡ah! el desgraciado Antonio de Herrera sucumbió muy poco después á una nueva enfermedad. Quisieron sus compañeros buscar en el equipaje del muerto algo con que indemnizar al padre Tamaral, de acuerdo también con la última voluntad del difunto, pero el padre rehusó absolutamente y este desinterés suyo fué nuevo objeto de admiración, considerando cuán rara es esta virtud en cualquiera parte, pero más aun en aquellos países adonde por lo común solo lleva el deseo del oro por el que se arrostran tantos peligros. La caridad cristiana obra de muy diferente manera; el cuidado de la propia conservación no se toma en cuenta cuando hay peligro para el prójimo. Este olvido de sí mismo, esta consagración al bien de los demás, es la tradición constante de la Iglesia apoyada en la palabra de Jesucristo no menos que en el ejemplo dado por el Salvador al morir en el Calvario por la salvación de los hombres. La caridad ha ido perpetuándose de mártires á mártires hasta nosotros. La historia de esto sería larga. Bástenos, por lo mismo, citar por lo que hace al primer siglo á aquellos cristianos de Antioquía que, ocultos en las cuevas y en los subterráneos para sustraerse á la persecución, salieron de allí en masa, digamos así, para socorrer á sus conciudadanos atacados

de la peste; ¡tal vez á sus mismos perseguidores! Citaremos tambien en el presente siglo á dos arzobispos de Paris, de los cuales uno salió del retiro á que se vió reducido á causa de la maledvolencia, para asistir, abrazar y bendecir á su extraviada grey, víctima del cólera; el otro, dejando su iglesia para interponerse como hombre de paz entre la lucha atroz de la guerra civil, y sucumbiendo sin pronunciar mas que palabras de perdon é implorando la misericordia del cielo en favor de sus asesinos (1).

El padre Horbegosa, penetrado de reconocimiento, quiso perpetuar el recuerdo de aquella noble y santa hospitalidad. Escribiendo, pues, lo ocurrido, después de elogiar magníficamente la conducta de los jesuitas, añadió:

1 Mr. Affre, arzobispo de Paris, quien llevando su abnegacion hasta el heroismo, se ofreció al general Cavaignac para dirigir palabras de paz á los obreiros insurreccionados en 1848.—Llegado á una de las barricadas á la sazón que se rompian los fuegos, cayó mortalmente herido y sus últimas palabras fueron: “¡Pueda mi sangre ser la última derramada!” —Segun se afirmó por los diarios de aquella época, la muerte del ilustre prelado no fué intencionadamente procurada, y así lo protestaron enérgicamente los defensores de la barricada, cuya circunstancia en nada rebaja el mérito del sublime sacrificio.

(N. del T.)

“Los españoles que regresan de Filipinas debendarse el parabien por haber encontrado esta poblacion hospitalaria y de refugio, y un misionero bastante generoso para proveer á sus “necesidades.” Desde entonces ordenó el rey que el “Galeon” hiciese escala en el cómodo puerto de San Lucas. Natural era esperar que se estableciése allí una nueva guarnicion para la defensa de los misioneros y la seguridad del puerto; pero las intrigas que se pusieron en juego por mezquinas pasiones lo estorbaron al fin, y la órden del rey no llegó á cumplirse.

No obstante, los padres Tamaral y Carranco trabajaban con doble celo por la conversion de aquellos indomables pueblos; el primero en San José, y el segundo en Santiago. El padre Gordon permaneció en el Pilar de la Paz, de donde se trasladó á Loreto en el verano con el fin de proporcionar recursos á su mision y á todas las del Mediodía que tanta necesidad tenian de ellos; le reemplazó D. Manuel Andrés Romero. Mas aquella aparente calma era presagio de siniestras agitaciones; tales fueron las de las pasiones que hasta entonces habian estado comprimidas por la santidad de la doctrina que los padres enseñaban, pero que bullian en los corazones de los indigenas y solo aguardaban un momento oportuno para estallar. El odio de Boton y Chicori fermentaba sordamente. La trama del complot fué tan secreta que muchas de las tribus del Norte tomaron parte sin que los padres se apercibiesen de ello, y es indudable que los rebeldes se alentaban mas por la

falta de guarnicion, pues la de Santiago se componia apenas de dos mestizos, y estos inválidos (1).

Con el fin de tender una red al padre, los conjurados dieron muerte á uno de los soldados y vinieron luego á decir al misionero que aquel soldado, habiendo caido enfermo en un bosque, solicitaba confesarse. Mas el aspecto de los que así mentian, el tono grosero que usaron y la confusiou que dejaban traslucir, hizo sospechar al padre, quien á fuerza de preguntas les hizo confesar á medias la verdad. Rehusó, pues, enviar otro soldado y aun ir á confesar al supuesto enfermo. Pocos dias después los indígenas asesinaron en la Paz á Andrés Romero, y la audacia de los conspiradores se aumentó principalmente en Santiago y sus cercanías. Mas como esta clase de sediciones no era rara, los misioneros no se alarmaron. A poco fué enviado de Loreto á San José del Cabo un soldado para que sirviese de guardia al padre Tamaral y protegiese su persona; este soldado cayó enfermo y tuvo alguna noticia de la rebelion que se preparaba, por lo que, comunicando sus temores al padre Tamaral, manifestó querer llevarle á la Paz. Pero el intrépido misionero no accedió y trató, por el contrario, de tranquilizar al soldado, quien al ver esta resistencia tomó solo el camino de la Paz.

Cuando estuvo á poca distancia del lugar,

1 No habia mas que un soldado en la Paz, otro en San José y tres en Santa Rosa.

disparó, segun costumbre, su fusil, mas no obtuvo contestacion. Avanzó llamando al soldado que debia estar de guardia en la casa del misionero, mas tampoco obtuvo respuesta; ningun indígena se presentó. Se decidió por último á entrar en la casa, mas, ¡oh terrible espectáculo! la sangre cubria las paredes y el piso todo; los muebles y utensilios estaban en desórden. Al ver este cuadro, el soldado no dudó que su camarada Romero habia sido asesinado; emprendió, pues, la fuga y no descansó hasta llegar á Nuestra Señora de los Dolores, situada á sesenta leguas de allí. Inmediatamente refirió al padre Guillen, superior de la mision, todo lo que habia visto, dándole igualmente aviso del peligro que á todos amenazaba. El padre Guillen no se sorprendió al oir estos detalles pues sabia ya que muchas de las tribus pertenecientes á su mision habian sufrido ataques de parte de los rebeldes; mas se apresuró á hacer saber á los tres misioneros la orden de retirarse é ir á reunirse. Cuando dictaba esta orden recibió un enviado del padre Carranco que ponía en su conocimiento haber descubierto un complot entre los pericues. El padre Guillen le envió en contestacion una canoa montada por diez y siete indígenas fieles. Era ya tarde, pues los puntos todos del tránsito estaban en poder de los rebeldes, quienes habian interceptado las cartas.

Mientras el superior de Nuestra Señora de los Dolores velaba por la seguridad del padre Carranco, este último á su vez trataba de salvar

al padre Tamaral de la muerte que le esperaba. Le instó, pues, á que fuese á la mision á fin, decia, de ponerse de acuerdo sobre las medidas que conviniera adoptar. En tan grave situacion no se desmintió la confianza en Dios, la natural intrepidez y la desconfianza, por decirlo así, que el padre Segismundo abrigaba siempre respecto del enemigo de la salvacion; tan hábil en turbar los trabajos de los misioneros, y esta desconfianza le indujo á responder negativamente á la insinuacion del padre Carranco. Quería permanecer en su mision confiado en la Providencia y en la fidelidad de algunos buenos indígenas que tenia bien conocidos. En resúmen, deseaba servir á Dios y fuese con su vida ó con su muerte.

Despidió, pues, á los indígenas enviados de Santiago para defenderle. Estos últimos se encontraron en el camino con algunos rebeldes, quienes les preguntaron de donde venian y por orden de quien. Los indígenas respondieron ingenuamente que el padre Carranco les habia encargado llevasen al padre Tamaral á Santiago en razon de que se tenia ya conocimiento del complot urdido contra su vida. I. formados así los rebeldes de que el padre Carranco conocia sus perversos designios, determinaron comenzar por él y lograron, ¡ah! después de alguna resistencia, poner de su parte á los cristianos de Santiago que de este modo se hicieron cómplices en el asesinato de su bienhechor.

El 1.^o de Octubre, entre seis y siete de la mañana, el padre Carranco, que acababa de

celebrar misa, entró á su aposento para dar gracias.—La cobardía es siempre compañera del crimen; así se vió á los rebeldes acercarse temblando y preguntar si se encontraban allí los dos mestizos, guardia ordinaria del misionero. Les fué contestado que no, y á pesar de que por esto mismo sabian que el padre estaba solo no se tranquilizaron. Los conspiradores de otras misiones se mantenian á distancia, pero los de la propia se acercaron hipócritamente al padre bajo pretexto de darle cuenta de un mensaje.

Arrodillado aun el misionero en actitud de la mas ferviente oracion, se levantó al verles, y les recibió efectivamente; pero sorprendido de no ver con ellos al padre Tamaral, les preguntó si llevaban carta suya. Los indígenas presentaron la carta; mas cuando el misionero comenzaba á leerla, los rebeldes que se encontraban fuera invadieron la habitacion, y precipitándose en desorden asieron al padre por su sotana, la túnica negra tan venerada siempre y bendecida en aquellas tierras, arrastrónle en seguida todo el trecho entre la iglesia y la habitacion en donde cayó por último traspasado de flechas.

El mártir levantó los ojos y las manos al cielo como si no quisiese morir sino después de pedir á Dios el perdon de sus pecados y el de sus parricidas hijos. En seguida, y cediendo á los muchos golpes que con palos y piedras le descargaban, espiró ofreciendo á Dios su vida en holocausto. Pero antes tuvo tiempo aun

para presenciar un espectáculo que debió servirle de tierno aunque doloroso consuelo.—Un indígena, infante aun, habia sido criado por él y le tenia cerca de su persona en calidad de sirviente, este, pues, viendo á su amo querido tan ultrajado, maltratado y herido de muerte por aquella bárbara gente, sollozaba y prorrumplia en amargos gritos. Los monstruos, importunados por este desahogo acusador de la inocencia, se apoderan del niño diciéndole con furor: “Ya que tanto le amas, irás á hacerle compañía y á contarle lo que pasa en las misiones.” Dicho esto le tomaron por los piés y dieron con su cabeza sobre el pavimento lleno de sangre; en seguida arrojaron el cadáver del niño mártir sobre el cadáver del mártir misionero.

La noticia del atentado cundió rápidamente; los indígenas, consternados, acudieron al momento llenándose la plaza de hombres, mujeres y niños. Algunos se estremecian de indignacion al contemplar el horrible espectáculo y la dejaban traslucir; pero eso fué todo lo que se atrevieron á hacer, pues veian entre los asesinos á los mismos que ocupaban el primer lugar en la mision.

Aquellos pueblos son tan mudables en sus afecciones y odios que muchos de los habitantes de la mision, que en la mañana habian asistido á la misa celebrada por el padre, poseidos de repente del vértigo general se unieron á los asesinos para llenar de ultrajes el santo cadáver. Su furor no conocia límites. La imaginacion puede con dificultad concebir, y la pluma

se rehusa á trazar los monstruosos excesos á que se entregaron aquellos bárbaros. Excitada con la vista de la sangre y el aspecto de la muerte, su salvaje brutalidad se cebaba sobre aquellos restos humanos. ¡Desgraciados! en vano lo intentaban, porque aquella víctima pura, aquel precioso holocausto, aquel cuerpo santificado, podia sufrir sus criminales ataques mas no por eso quedar manchado: el alma que habia consagrado ese cuerpo con tantas virtudes se posaba aun sobre su cabeza, no tanto para defenderle como para impedir que los rayos del cielo cayesen sobre aquellos miserables feroces á la vez que infames. Cansados al fin de su barbarie, arrojaron confusamente mezclados á las llamas de una hoguera los sagrados restos del padre y los inocentes del infante; al asesinato añadieron el saqueo y el incendio de la iglesia y de la habitacion, se apoderaron de los cuadros, de las imágenes, de las estatuas de los santos, de los libros, de los ornamentos, del crucifijo, entregándolo todo al fuego.

No fué esto todo. Dos sirvientes aparecieron á lo lejos conduciendo dos vacas, segun la orden que tenian; esta fué ocasion para nuevos crímenes. Intimaron á los sirvientes que inmolasen desde luego aquellos animales; ellos obedecieron temblando; no obstante, á una señal descargaron sobre los desgraciados una lluvia de flechas. Cayeron, y medios vivos aun fueron inmediatamente arrojados á la hoguera. Dueños así de Santiago quisieron serlo de todas las misiones, desde san José hasta el cabo de

San Lucas.—La furibunda tropa se puso en marcha reclutando en el tránsito una multitud de indígenas atraídos por el ruido y los infernales cánticos de los caníbales. Llegaron á san José el sábado 3 de Octubre, día en que la Iglesia celebra á Nuestra Señora del Rosario. Eran las ocho de la mañana. El padre Tamaral se hallaba tranquilamente en su celda meditando y orando sin duda á la Madre de misericordia en favor de aquellos míseros indígenas. Una partida de rebeldes se introdujo y con objeto de sorprenderle pidiéronle alguna cosa que ellos creían no poderles ser concedida.

Al ver el padre la actitud de aquella gente y las armas que portaban comprendió al momento el criminal proyecto que abrigaban.—“Sí, hijos míos, les dijo con dulzura, podiais quedar satisfechos en lo que pedis.”—Desconcertados al oír esta respuesta, no teniendo ya pretexto para mover disputa, los indígenas no aguardaron mas y precipitándose sobre el padre le arrastraron por los pies fuera de la habitación traspasándole al punto con multitud de flechas. No bastó esto para hacerle morir; otros indígenas armados de los mismos cuchillos que el padre les había dado en otro tiempo acudieron á consumar la obra acribillándole á heridas, mutilándolo y hundiendo los cuchillos en su garganta.—Durante este prolongado martirio el santo misionero no cesó de implorar la clemencia del Buen Pastor para sí y para sus asesinos. Luego que espiró su cuerpo sufrió el mismo trato abominable que el del padre

Carranco, con solo la diferencia de que esta odiosa fiesta (porque fiesta era para aquellos fanáticos delirantes), duró mas tiempo que en Santiago, la presenciaba mayor número de gentes y no había que temer ataque ninguno de parte de los habitantes que hubiesen permanecido fieles á los dos misioneros.

Esta prolongacion de atrocidades sirvió no obstante para que el padre Segismundo Taraval pudiese salvar su vida. Mientras se consumaba el primer crimen sobre el padre Carranco y su pequeño sirviente sucedió que un muchacho de la mision, inspirado sin duda por su ángel de guarda, corrió apresuradamente á Todos Santos, allí encontró á un buen viejo indígena á quien refirió las escenas de horror que acababa de presenciar. Se dirigian ambos á encontrar al padre Tamaral y le dijeron: “Padre, estad alerta, vienen á mataros. Nosotros no podemos defenderos, pero si quereis os conduciremos y pondremos en salvo en una isla que está hácia abajo.”

Tal es por lo comun la predileccion de Dios en favor del débil; gusta de escoger sus instrumentos de salvacion entre los ancianos y los niños.

El padre, que recibió el mismo aviso de boca de otros varios indígenas, no creyó deber vacilar por mas tiempo. No se trataba de solo su vida sino tambien de las de todos aquellos que le eran adictos. Quitó pues, del altar y de la iglesia los principales adornos, se trasladó á la Paz en donde hizo la misma operacion y se em-

barcó, en seguida, para la isla del Espíritu Santo, en una chalupa que le envió el padre visitador.

Llegado á Nuestra Señora de los Dolores, encontró allí al padre Guillen á quien habia consternado mucho la noticia de los primeros asesinatos. En tanto que concertaban las medidas que convenia tomar los pericues y los coras invadieron las misiones de Todos Santos y la Paz, y no encontrando en ninguna de ellas al padre Taraval de quien se prometian hacer una tercera victima, desquitaron su rabia en los cristianos que habian permanecido fieles, matando á veintisiete y obligando á los demás á huir.

Desde entonces la guerra desoló aquella colonia; las tribus se atacaban entre sí y se saqueaban. Los ángeles de paz habian volado; el demonio de la guerra reinaba implacablemente en aquella comarca desgraciada.

Informado de estos desastres el padre Guillen, recomendó mucho á todos los misioneros de la California que estuviesen sobre aviso, y dirigió al virey Vizarron una exposicion en la que pintaba lo acaecido y concluia suplicando se tomasen las providencias necesarias á fin de conjurar los nuevos males que amenazaban á las misiones. Se trataba de evitar una rebelion general, de castigar á los asesinos, de impedir la ruina de cuatro misiones y de sustraer las guarniciones de inminentes peligros. La exposicion no causó mayor sensacion al virey, pues solo respondió que estaba dispuesto á cooperar

de su parte á las medidas que los padres tomasen para asegurar la salvacion de las misiones; que las apoyaria ante el rey, así por el bien de la religion como por el de S. M. ¡Bellas frases de corte, pero ninguna asistencia en realidad! Por tanto la rebelion aumentó.

La mision de Nuestra Señora de los Dolores no tardó en verse turbada; y aunque fué auxiliada con el envío de unos cuantos soldados esto pudo apenas bastar para protegerla, mas no para hacer frente al mal y cortar sus progresos. Entre tanto los espíritus se inflamaban y vagos rumores hacian presentir un levantamiento general. El padre Guillen juzgó oportuno en estas circunstancias concentrar todas las misiones en Loreto, y no cabe duda de que estaa certada medida salvó la vida á los padres conservando al mismo tiempo las misiones.

CAPITULO XXIV.

INTERVENCION DE LOS YAQUIS.

Corria el año de 1735.—El padre Guillen hizo una nueva tentativa cerca del virey de México; al efecto el provincial de la Nueva España presentó en persona dos memoriales en que se